

Por qué
mienten las
madres
y otras confesiones

Guadalupe Rivera



Por qué
mienten las
madres
y otras confesiones

Guadalupe Rivera



Por qué mienten
las madres
y otras confesiones

Guadalupe Rivera



LOS OTROS LIBROS

La presente obra es resultado del Seminario de Cuento *Efrén Hernández* del Fondo para las Letras Guanajuatenses, cuyo asesor fue Isaí Moreno.

Primera edición, 2019.

D.R. María Guadalupe Rivera Núñez

D.R. Editorial Los Otros Libros
Pedro Hernández Valenciano No. 36
Col. Mineral de la Hacienda C.P. 36250
Guanajuato, Gto., México
www.losotroslibros.com

Cuidado y diseño editorial: Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a sus lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

Yo les tenía un ojo encima

Prócoro, ¿a quién crees que vi?, no me lo vas a creer... ¡A Cundo Cabral!, aquel caballerango que le dicen el Ranchero. Me invitó a la fiesta de su rancho. Sí, hombre, aquí cerquita en Caracheo. Ya tenía mucho tiempo que no iba, nomás desde que decidí cortar por lo sano y distanciarme de él. Por qué más va ser, por su mujer, Alicia. Todavía llevo dentro su veneno. Ella estaba hecha de hierba, de flores del campo. Había en su mirada lumbre que ardía como una fogata en medio de la noche. Pos tienes razón, no te lo voy a negar, aún siento que algo se me entierra aquí en el pecho al recordarla parada frente a él, inmóvil por el de-

seo hacia un hombre que no era yo. Lo peor es que sigue igual o mejor porque los años han madurado el ansia de sus ojos y los movimientos de sus caderas hablan sin prudencia. Así mero, con el sabor de las guayabas cuando solitas se caen de la mata. Nada pude hacer, ella lo escogió a él. Me tuve que amarrar los güevos y contentarme con encontrar su mano al lado de mi mejor amigo. ¡Ah!, días aquellos en los que mi compadre y yo éramos inseparables. Siempre jugábamos a ser rivales, nunca me importó que me ganara, si lo que sobraba eran mujeres. Pero que se quedara con la Licha, sí me dolió. Y es algo que me sigue apretando el gáznate, por eso nunca me casé. Has de saber que les llevé a bautizar a la primera de sus morras. Él sigue siendo el mismo hijo de su, los años le han enseñado poco. Y vaya que tiene doce chamacas, eso sí, todas le aprendieron el amor por los

caballos. De veras que da gusto verlas montar. Mira que armaron una escaramuza monumental. Pero te decía, hay gente que nunca cambia y Cundo es de esos, ceño y figura hasta la sepultura. Nomás imagínate que ese día en plena fiesta, cuando andaba bailando sus caballos se puso a darle la bienvenida a la nueva maestra de la escuela, Rosita. Por eso te digo, es el mismo enamorado de siempre, yo no lo iba a contradecir porque ni él es un chamaco, ni yo su padre para cuidarlo. Pa no entretener te diré que el del espectáculo fue su Rebelde, que por donde pasaba le abrían valla para verlo. Todo comenzó al llegar al ruedo: “A ver, Rebelde, salude a las señoritas”, y ahí tienes al caballo pos asintiendo con la cabeza. “Ora, abra el hocico y llévele esto a la distinguida profesora”, y ahí va el animal a entregarle una rosa a la susodicha.

Toda la concurrencia aplaudió las gracias del caballo hasta que el espectáculo terminó. Pero Cundo nunca le quitó la vista a la maestra. Namás empezó el baile la sacó bailar. Todos los presentes les pidieron subir al tapanco, el mariachi se arrancó con el Jarabe Tapatío, el Son de la Negra, y ya luego se siguió de paso tocando. La gente gritaba “¡Voy polla!” o “¡Voy gallo!” y ellos ahí dando guarachazo sobre guarachazo. Eso no fue todo, después esperaron un descuido y se fugaron en el caballo. Yo les tenía un ojo encima, clarito vi cuando mi compadre le dio la mano a la maestra Rosita para que subiera al caballo. Ella lo abrazó por la espalda, bien pegadito. Y yo como el perro del chicharronero, nomás me limpié los bigotes. Pero en algún momento tendrían que volver y al regresar ya lo esperaba una de sus hijas: “¡Hola, apá!, usted no sabe perder el tiempo. Ora que

se desocupe ahí vamos a estar en la casa con mi amá pa platicar larguito”.

Después se hizo el muy macho y me invitó unos mezcalitos en la cantina hasta que la fiesta acabó. Yo acepté no tanto por estar tomando, sino por pura curiosidad de enterarme cómo iba a salir de este lío. Nomás lo veía que se rascaba y se rascaba la cabeza, luego se empinaba la botella. Además, esto no me lo podía perder, yo tenía que estar presente cuando Lichita lo mandara a volar. Ya después de harto rato decidió que era hora de irnos. Al pasar por el último puesto que quedaba abierto, compró una bolsa de manzanas y le dijo a su caballo: “Ora, sí, Rebelde, vámonos pa la casa, con esto contentamos a la Licha”.

Hombro con hombro caminamos cantando hasta su casa, te puedo asegurar que el caballo nos cuidaba la espalda. Cuál va siendo nuestra sorpresa

que, al llegar, el portón de la entrada tenía cadena y candado. Ahí afuera estaban unos envoltorios amarrados con mecates. Hubieras visto la cara de mi compadre Cundo, se puso blanco, transparente, creo que hasta lo borracho se le quitó. Como él sólo atinaba a mirar aquellos bultos, pos el Rebelde empezó a inspeccionar olfateando. Después relinchó dos veces moviendo la cabeza lateralmente.

“Tate sosiego, Rebelde, que estoy pensando la excusa pa disculparnos”.

Luego de un buen rato de pasear de un lado para otro, se animó a tocar, pero nadie le abrió.

–Compadrito –le dije– creo que esta vez sí hiciste enojar a mi comadre, vámonos ya, mañana vienes y hablas con ella.

–No compadre si toda la culpa es de este animal. Ya ves Rebelde, yo bien te lo advertí que te estabas pasando,

pero tú necio y terco con granjearte a la maestra. Se me hace que la Licha se quedó dormida. Deja le toco más fuerte.

En eso, salió Alicia.

–Mira Lichita, yo sé que estás rete molesta. Tus razones tendrás, pero te juro por mi madre que no hice nada malo. Aquí está mi compa de testigo. Si nomás bailamos un rato, ¿verdad que sí, Rebelde?

Y como si fuera una persona, ahí tienes al caballo diciendo que sí. Yo la mera verdad, no me puse de ningún lado, al fin y al cabo, el problema era de ellos.

–Pa que veas que nos acordamos de ti, te trajimos unas manzanas.

Cundo quedó muy lejos de calmar el enojo de mi comadre, porque la cara se le encendió y me pareció que la sangre le quería brotar por los ojos:

–Si piensas que con unas tristes manzanas me vas a convencer anda

vete por un camión lleno porque con estas no acabalas.

Y sin más, que le lanza en la cara la bolsa de la fruta.

–Ya no te quiero aquí, así que ahí están todos tus tiliches y como va, te me largas. De hoy pa delante aquí no entran, ni tú, ni tu caballo alcahuete. Lo que si no puedo creer es que a usted compadre le guste andarla haciendo de tapadera.

Sin darnos oportunidad de seguir la discusión, cerró la puerta. Nos quedamos los tres como lazo de cochino: bien cagados. Después, Cundo se puso a alegar con su caballo:

–Rebelde, le agarró la muina y cuando le entra una idea en la cabeza no hay quién se la quite. Ora que ansina de fácil sea echarme de mi casa pos no. Y ahorita ¿a dónde nos vamos?, tampoco sé. Y lo tenemos que resolver antes de que amanezca porque nuestra

reputación está en juego.

Para ese momento, el caballo ya no le hacía caso porque comenzó a comerse las manzanas.

—Qué poca consideración la tuya, yo preocupado por nuestro porvenir y tú ya conforme con tragarte eso. Traidor, mal amigo.

No, Prócoro, si ni el sueño me calaba nomás de oír aquella discusión de Cundo con su caballo. Yo me senté en la contra esquina a unos cuantos metros de ellos, me cobijé con mi gabán y me tapé la cara con el sombrero. De vez en cuando me echaba un traguito de mezcal que traiba guardado, pa conservar el calor en el cuerpo. Cuando se empezó hacer de mañana, se puso bueno porque entre los madrugadores que pasaban y soltaban una risita burlona al saludarlo, uno le dijo:

—Ora qué, Ranchero, y ¿esas maletas?, ¿ya te vas de vacaciones?

Entonces que mi compa se decide y se brinca la barda. Yo nomás paré la oreja pa escuchar cuando se soltara la rejolina adentro de su casa y nada, todo se quedó silencio. Ya después abrió el zaguán por donde se entra al establo y metió al Rebelde. Lo raro es que hasta el caballo pareció entrar de puntitas, sin hacer ruido. Me hizo señas pa que lo siguiera, pero mejor me quedé afuera para evitar otro enfrentamiento con mi comadre. Todavía esperé otro rato a que Cundo saliera pues para qué más, para traérmelo a la casa, pero ya no se oyó borlote y me vine. Ora ves por qué te dije que seguía siendo el mismo. ¡Parece huérfano el desgraciado! Lo que sí, es que suerte como la de él con las mujeres, no la tiene nadie. De esta salió bien librado, allá él si sigue en esas andanzas.

—¿Y tú qué me miras? ¿quién crees que manda aquí?, pos yo, ni que fuera

tan fácil sacarme de mi casa. ¿Dónde se ha visto que Cundo Cabral no pueda poner ley? Ora que, hazme un lugar aquí entre la paja. Ándale, Rebelde, hazte pallá que tengo harto frío. Ten, por ser buen caballo te comparto otra manzana.

Al otro lado del río

Apúrate, Eustaquio. ¡Ándale, güey, pásame ese lazo que se nos va el leño! Agárralo bien en lo que lo aseguro. Ya está, traite la tartana para cargarlo. A la de tres: uno, dos, tres, ¡arriba! Listo, ora saca dos chelas de ahí atrás de la camioneta. Siéntate, tómate tu cerveza, ya luego seguimos. La mera verdad, cuando me hartó de juntar todo lo que nos trae esta corriente, me dan ganas de irme a la frontera y cruzar pal otro lado, pero después me acuerdo cómo te fue por allá y me desanimo. No más se me viene a la mente que luego de perder todo lo que llevabas, llegaste lleno de úlceras por las mordidas que te dieron los catanes cuando intentaste

atravesar el río. De veras que te salió peor el remedio que la enfermedad, porque tu madre y tu esposa tuvieron que conseguir dinero para curarte. Por tantito, no lo cuentas. Ya ves que dices que al ir caminado entre el agua de repente se te acabó el suelo y te hundiste. De puro milagro estás vivo. Por eso me conformo. Total, si me ha de tocar ahogarme mejor que sea aquí en esta agua de mierda. Cómo ha pasado el tiempo. Aquel caudal transparente se acabó. Algo tenía que perder después de haberse llevado tanto. De los encinos y matas de guayaba que había aquí en la orilla, mira nomás quedaron mezquites y matorrales. La primera crecida de sus aguas se acarreó aquella arena blanca entre la que jugábamos. ¿Recuerdas cuando veníamos a nadar? Cómo nos divertíamos chacualeando. Al salir, yo me echaba una meada para ponerme un chorro en la cara,

en las manos y hasta en los pies para quitarme lo mestizo. Así mi Machi no descubría que había andado por aquí dándome un chapuzón sin su permiso. Sí, güey, le decía Machi a mi madre por su pelo chino.

Los fines de semana esto se llenaba de familias que hacían día de campo y por allá, debajo del puente, mi ma' y las otras señoras lavaban la ropa. Todo esto se terminó cuando sus aguas crecieron hasta casi desbordarse. En ese entonces la rivera no era tan ancha como ahora. Nunca vi tal cantidad de agua con tantas fuerzas para arrasar con todo lo que se cruzaba en su camino, por ahí pasaban hasta vacas muertas. Todos aprovechábamos para sacar los restos de árboles que iban a la deriva. ¿Te acuerdas de Pancho, de Pancho Batallas? ¿No?, ¡cómo no te vas a acordar de él, si íbamos juntos a la escuela! Desde entonces, ya venía con

él a buscar leña. Él era mayor que nosotros, entró a nuestro salón en tercer año, porque él y su familia llegaron de una comunidad de aquí cerquita de arriba del cerro. A su apá le decíamos don Lino, él tenía sus tierras allá en donde dejaron su casa. Yo lo reconocía desde lejos: usaba pantalones amplios de los que necesitaban tirantes para sostenerse, con una levita café, además traía puesto un sombrero chato de palma. En las tardes, llegaba a su casa con su par de burras cargadas con los implementos de labranza.

Pero cómo no te vas a acordar de Pancho, el hijo de doña Esperanza, la que en las noches vendía atole y buñuelos como a dos calles de aquí, al que doña Queta Rodríguez le puso el Batallas porque el pantalón le quedaba grande y le ocupaba hacer muchas maniobras para mantenerlo en su lugar pues al menor descuido enseñaba

media nalga. Esa fue la primera batalla de Pancho y el remedio para evitar que se le cayeran los pantalones fue usar como cinturón un mecate. Él era alto, delgado como su papá y arrastraba los pies al caminar. Esa manía de andar la agarró de cuando llevaba a pasear al puerco que su padre rentaba como semental. Sí, era muy fino ese animal. Tenía una cinturita y una piernotas listas para hacer un buen jamón. Yo lo acompañaba por todo el pueblo, al terminar sentía los pies pesados y a Pancho el lazo con el que sujetaba al cerdo le sacaba ampollas en las manos. Pero no creas que de a gratis iba con él, a cambio Pancho me ayudaba con la carretilla de la mierda cada vez que me tocaba limpiar el corral de los puercos de mi apá. Mucho le quedé a deber a Pancho por todo lo que me ayudó. Sobre todo, cuando llovía, las calles de aquí cerca se hacían un lodazal que

habíamos de pasar con la carretilla llena de excremento de cerdo para tirarlo al río. Agrégale a eso que la llanta de aquel pinche carretón viejo era de fierro, ya te imaginarás las atascadas que nos dábamos y el ruido que hacía alertando a los vecinos que enseguida salían a regañarnos si se nos tiraba algún mojón. Te has de acordar que en aquellos días se ahogó un niño, pues fue él, Pancho. Sí, hombre, cuando se armó todo un alboroto y hasta trajeron unos buzos para buscarlo porque no lo encontraban... yo estaba con él cuando se lo jaló el río. Vinimos a sacar leña para su mamá. Hasta el cuero se me enchina, nomás de acordarme. El agua pasaba embravecida, espesa y su ruido atemorizaba, pero a él no le daba miedo y cuando vio que se acercaba aquel tronco, dijo: “Ora sí mi amá va tener mucha leña. Con éste nos alcanzará hasta pal tiempo de frío”. Ni le pensó,

se enredó una de las puntas del lazo alrededor del pecho, con la otra hizo una honda y la lanzó. Tal suerte para alcanzar ramas secas no tuvo nunca y ese día ya le tocaba atrapar semejante leño. El lazo que se echó fue el que le sirvió a la corriente para llevárselo. La fuerza con la que avanzaba aquel árbol lo jaló violentamente. Después su cuerpo chicoteó en el agua no sé cuántas veces hasta que ya no lo volví a ver. Entonces corrí para avisarle a doña Esperanza. Cuando regresé aquí con ella, ya no se divisaba ni el tronco que lazó.

Pasaron más de ocho días de búsqueda, nada que aparecía. Yo venía diario. Recorría con la mirada todo el río con la esperanza de verlo flotar, pero no, aquel tronco se lo había llevado hasta sabe dónde. Yo quería creer que Pancho se salió por allá en otra orilla, muy lejos. Me agarraban ganas de llorar nomás de imaginar a mi ami-

go perdido entre aquel aguadal prieto. Pero él sabía nadar muy bien. Así que, con mi pensamiento de chamaco, me dije, “¿y si este está asustado y de puro miedo no regresa?”. Entonces me acordé de cómo mi abuela Goya me llamaba una vez que me curó de mal de espanto. Ahí tienes que vine a la orilla del río con mis tres veladoras, las puse por donde lo arrastró el agua. Y que empiezo a gritarle: “¡Pancho, no te vayas, vente!, ¡Pancho, no te vayas, vente!, ¡Pancho, no te vayas, vente!” Esperé un rato rezando y nada. Todo quedó en silencio, el aire comenzó a soplar frío. De repente que sale Pancho de entre unos carrizales que estaban más allá. No seas pendejo, ¿cómo me iba a dar miedo si era mi amigo Pancho?, al contrario le reclamé por esconderse porque su mamá, don Lino y mucha gente lo andaban buscando. Él me respondió que ya lo habían encontrado, que por

eso estaba aquí conmigo. Me dijo que me fuera a mi casa, que él me seguía, pero que no me fuera a olvidar de ir a buscarlo después.

Cuando llegué con mi madre, ella estaba preocupada, primero me regañó, luego me dijo: “Apúrate muchacho porque ya nos vamos a casa de Panchito”. Pos, yo le respondí: “Sí, Machi, ya lo vi, acabo de estar con él”.

Hubieras visto la cara de mi amá, se puso blanca hasta de los labios y me contestó: “No andes diciendo mentiras, porque lo acaban de sacar del dren del río cerca de Salamanca. Su familia está esperando que lleguen con el cuerpo”. Como la vi tan asustada, mejor me callé.

Después de que enterramos a Panchito, ni me menciones el pararme por aquí, no por miedo a encontrarme con él, sino porque mi madre me advirtió que, si me cachaba por acá jugando, me

llevaría a la casa a punta de manguerazos aunque me reventara el cuero. Ella temía que Pancho quisiera llevarme con él. Pero no, qué va: si Pancho me hubiera querido llevar, para luego era tarde. Estoy bien seguro, porque después tuvo la oportunidad y todo lo contrario me ayudó a salir bien librado.

No me peles esos ojos, que lo que te estoy contando no es más que la puritita verda'. Como lo oyes, ¿no me crees?, pues me vale madre. Tendría yo como unos diecisiete años, cuando lo volví a ver. Entonces ya no andaba a viaje y viaje con la carretilla, porque mi a'pa compró una camioneta a la que mi Machi le puso el Vagón, por lo vieja que estaba. En esos días, comenzaba a enseñarme a manejar. Pues ahí tienes que yo de necio, a duro y dale que me prestara el Vagón para venir a tirar la caca de los puercos. Y que me salgo con la mía y me vengo en la troca. Pasé

por la cuadra despacito para que todos los vecinos me vieran.

Me sentía todo un experto manejando. Pero al llegar a la pendiente, esa que estaba ahí para bajar cuando no había agua, que me echo de reversa y que se me empieza a ir la camioneta al río y yo arriba sin saber qué hacer. No sé cómo ni de dónde salió la voz de Pancho: “Písale, yo te atoro atrás”. En eso la camioneta pisó como en una piedra y salí volando hasta el camino. ¡Pinche susto me llevé! Ese día me hubiera gustado agradecerle y decirle por qué jamás volví a buscarlo. Pero solo alcancé a verlo por el retrovisor, con una sonrisa y sacudiendo la mano para decirme adiós.

Cuando vengo aquí, Eustaquio, me gusta imaginarme que Pancho solo cruzó al otro lado del río donde los encinales alardean con el paso del viento y las guayabas se tambalean cargadas

de frutos. Y que está allá donde el agua cristalina invita a tomar un baño y la arena se tiende para descansar. Pienso que se esconde detrás de los carrizales que silban, al lado de mi Machi que lava la ropa debajo del puente que algún día atravesaré para verlos.

Por qué mienten las madres

En alguna época, las chicas le llegaron a decir que sus ojos negros contrastaban con el color de su piel. Los chicos le apodaron el Camarón. Se llamaba Mateo. Cuando era niño, le gustaba llevar los bolsillos repletos con resortera, yoyo, trompo, canicas, algunos bichos, piedras para el parque y, no podía faltar, su moneda de la suerte.

Muy en el fondo guardaba el rechazo de todos:

–¡Eh!, tú, ¡a tu casa!, ¡no quiero verte por aquí!

A veces parecía estar acostumbrado; otras, se apartaba a llorar solo; y algunas más, no muchas, iba en busca de su madre. En una ocasión, para consolarlo

le dijo:

–Hijo, no llores. Te contaré por qué tienes esa cicatriz. ¿qué dices?, ¿sí? Ven aquí conmigo. Mira, antes de nacer eras un ángel y entre los astros te gustaba jugar. Un día por travesura mordiste una estrella y el filo de sus puntas cortó tu boca. Ahora duerme.

Mateo cerró los ojos. Aquello era tan importante que debía decirlo a los demás niños. No pudo dormir porque una y otra vez, aquella historia daba vueltas en su cabeza.

Por la mañana, en la escuela, se fue en busca de los que consideraba sus amigos. Cuando los encontró, sintió que le faltaba el aire, pero se armó de valor para hablar.

–Ya sé porque tengo esta cicatriz: yo era un ángel y me la hice porque mordí una estrella.

Los chicos soltaron una fuerte carcajada.

–¡Mentiroso! Ahora sí, te vamos a dar una tunda hasta que reconozcas todos tus embustes. Dos de ellos lo sujetaron, mientras un tercero le dio un puñetazo en el estómago.

–¡Les juro que es verdad!, ¡mi madre me lo dijo! Ya déjenme.

–Miren. Primero quería vernos la cara de pendejos con sus inventos y ahora quiere huir. ¿Adónde vas a esconderte mariquita, debajo del mandil de tu madre?

–No, sólo quiero irme ya.

–Pues, ¡duro con él! Que aprenda a no burlarse de nosotros. Y si le chismeas algo a tu maaamiii, te busco para darte tu merecido.

Se levantó para correr sin detenerse. Al llegar a su casa se miró en el espejo, comenzó a frotarlo tratando de borrar aquello, que tenía marcado, más que en el cuerpo, en su interior. Como no lo logró, lloró hasta que el cansancio lo venció.

Así transcurrió su infancia, pero con el paso del tiempo se convirtió en un joven no mal parecido. Consiguió un empleo de dependiente en La Luz del día, una de las principales tiendas de abarrotes de la región. Para ese entonces aquella cicatriz ya había desaparecido. Nunca tuvo amigos. El colmo de su desventura fue cuando la única novia que había tenido desde niño, lo dejó por otro. Sin ella a su lado poco a poco abandonó su vida y colocó su corazón dentro de un vaso de vino. Sus faltas al trabajo se hicieron frecuentes hasta que lo despidieron y acabó siendo el bohemio que, a cambio de un trago, cantaba y componía en la cantina. A menudo, sostenía en la mano izquierda un cigarro del que de vez en cuando disfrutaba absorber una bocanada de humo para arrojarlo lento, mientras que su pluma corría sobre un papel cualquiera.

En las madrugadas, después de beber, caminaba por las calles vacías, dando tumbos. En un principio siempre lograba llegar a casa de su madre. Después, no le importaba quedarse dormido donde la inconciencia lo tiraba. Ahí su pensamiento tallaba los recuerdos hasta encontrar la imagen de ella. Entonces se abrían las puertas del infierno y se dejaba llevar por la perturbación suicida de unos labios que sólo existían en su imaginación y que acrecentaban su morbo al evocarlos. Hubiera querido estar con ella al menos por última vez para verla deslizarse con aquel corpiño que traslucía sus pechos y la desnudez de su piel, para observar la redondez de sus muslos y ver sus pies descalzos alejarse para siempre. A veces su voz alzaba un tarareo aguardentoso de frases sin concluir –¡Qué me diste prieta, ¡hip... linda!... ¡me tienes... enyerbao!

Así continuaba hasta quedar sin movimiento. Entonces los grillos rompían el silencio de la noche, mientras las cucarachas hacían festín en su saliva. Despertaba casi ciego por el sol, despegándose los ojos, con aquella resaca que plegaba sus labios y las moscas merodeando por su cara.

Alguna vez, insensible por el vicio, reclamó a su madre aquella historia que le contó siendo un niño. Y, de forma burlona, hizo una semblanza de las primeras horas de su muerte. Dijo que él no agonizaría entre las súplicas de un rezo, sino en la acción de gracias de un descanso eterno:

“¡Verás, entonces, que nunca fui un ángel!, que nomás he sido el andrajoso, el vago de este pueblo. ¡Un pinche muerto de hambre! Pero no moriré entre una conversación hipócrita con olor a café, ni en los someros de una taza de canela, ni entre la presunción

de flores. Tranquila, madre, tampoco me iré encuerado o, encogido abrazando mis pies con mis manos. Solo quiero quedar tendido sobre el sillón roto, adormecido por el ronronear del gato. Si tengo suerte pensarás que duermo o me verás mirando fijo al techo. En lugar de suspiros y de condolencias escucharás en la calle que el Teporocho murió y que el bueno para nada te dejó de herencia unas letras inconclusas, sin nombre. Vieras que nunca pensé terminar así. Ni siquiera me importa si es de noche o de día, es lo mismo. Cuando allá afuera el frío aprieta y cala hasta los huesos, la he pasado frente a una lumbrada entrándole al chupe. Por lo pronto, perdóname jefecita por no haber sido el hombre que me enseñaste a ser. Y no te lamente porque desde antes yo ya no vivía. Esa mujer me mató con su indiferencia”.

Hasta que una madrugada pudo com-

probar que la historia de su madre no era mentira. Y frente al espejo, la transformación se consumó, un par de alas surgieron en su espalda. De su cuerpo se desprendió un resplandor que lo cegó. Se volvió tan ligero que el aire lo arrebató de la tierra y lo lanzó al vacío en una caída libre que parecía no tener fondo. Por instinto extendió las alas y su descenso se fue frenando, al agitarlas comenzó a volar.

Su madre lo encontró tirado, muerto, ahogado por el licor. En el cuarto revoloteaba un colibrí. Muchos aseguraron que era el mismo que vieron rondando la caja durante el sepelio. Lo que sí, es que, desde entonces, todos los años al término del invierno, estas avecillas invaden el patio de su casa. La gente dice que es Mateo, que viene a visitar a su madre y que ahora puede oír la voz de los que ya no están presentes en este mundo para guiarlos al camino del descanso eterno.

De camino al cielo

En ese barrio las paredes de las casas dejaban ver el adobe y las tejas de sus techos habían perdido el color mucho tiempo atrás. A su alrededor, los terrenos polvosos sin construir, se convertían en canchas para jugar fútbol. Lo conocí ahí, en el Terregoso. Se llamaba Tobías. En el pueblo era muy común escuchar sus pregones:

– ¡Hay gelatinas haaay!

– ¡El pan!, ¡llegó el pan!

– ¡Sí hay noticia!, ¡cómprelo, cómprelo!, ¡sí hay noticia!

Todas las mañanas caminaba del mercado a la plaza. La recorría tantas veces como consideraba necesario.

Justo antes de que las personas sa-

lieran de misa, se ubicaba a la entrada del templo. Hasta ahí era su ruta. Por las tardes se le veía pasar con otros chicos, llevando sobre su espalda la mochila de sus libros.

Un diciembre, en Tobías y sus hermanos (que eran cuatro o cinco), surgió una luz, se acercaba la Navidad. Pero no era sólo la alegría de las piñatas, de los dulces que en más de una posada les darían, era la ilusión de ver a su papá.

Al llegar la Nochebuena, decidieron ir a la iglesia. Con mucha devoción, depositaron una carta que entre letras mal trazadas decía:

“Querido niño: Mamá dice que a los pobres los reyes no les traen regalos, pero nosotros solo queremos, nos concedes que papá venga a visitarnos. Prometemos portarnos bien, ser obedientes y estudiar mucho en la escuela”.

El esperado Día de Reyes llegó.

Ellos no tenían duda. Esta vez su deseo sería concedido porque no tenía un costo monetario. Como cualquier día de trabajo Tobías salió a vender pan con su hermana pequeña, Telma.

Terminó su cometido. Comenzó a contar su venta y algunas propinas. Distráido en sus pensamientos no se dio cuenta que su hermana subió al puente peatonal que estaba en reparación.

—¡Ten cuidado!, –gritó Tobías–. ¡Fíjate donde pisas!

Subió rápidamente, la tomó de la mano, la puso a salvo, pero no a su propia vida. Por cuidar que el camino de su hermana fuera seguro descuidó el de él y el tablón donde apoyó el último de sus pasos se quebró. Tobías cayó, su frágil cabeza cedió ante la dureza del pavimento. Se reunieron muchos curiosos, se escucharon gritos pidiendo una ambulancia.

En un cuarto de hospital los médicos se sorprendieron. Tenía el cráneo destrozado, ciego, sin poderse mover. Tal vez escuchaba las palabras de su madre. Ante sus sollozos, él sólo atinaba a balbucear: papá. Ella, desesperada, trató de ubicarlo, pero su esfuerzo fue inútil.

De nada sirvieron sus súplicas y rezos. Ni la cadena de rosarios y oraciones desatadas en la comunidad para pedir que Tobías recuperara la salud. Al término de una semana, murió.

Un sueño tuve después. Él caminaba de la mano de su padre. La serenidad de su rostro reflejaba bienestar. La transparencia de su mirada me atrapó, de tal manera que me fui hundiendo en su claridad y entré a un mundo carente de color y de sonido. Primero pensé que estaba viendo a través de él, pero una nube blanca me envolvió. Fue como estar en la nada. Así me pareció,

porque no sentí calor, ni frío. Lo más extraño es que no me preocupé. Por el contrario, me invadió una tranquilidad fuera de lo normal. Todo dejó de ser importante. De elegir entre regresar y quedarme, me hubiese quedado ahí. Sin explicación alguna, de la misma manera que traspasé hacia ese plano, aquella paz se interrumpió y comencé a caer al vacío. Sorpresivamente, me detuve, me topé con mi cuerpo recostado boca arriba. Mi rostro carecía de expresión. Mis ojos estaban abiertos, fijos en el infinito. En ellos se abría un túnel. Al asomarme todo se oscureció. De forma simultánea, me encontré en dos pasajes. Intenté avanzar, pero tropecé y el golpe me lo di al caer de la cama. Duré algunas semanas para recuperarme de este susto. Me conformó saber que Tobías estaba bien.

Después de la premonición de este sueño, no me asombró la noticia de

que su padre había muerto al poco tiempo de haber entrado ilegalmente a los Estados Unidos, de esto hacía mínimo cinco años. Su lamentable deceso quedó al descubierto gracias a que Adelina, la madre de Tobías, inició su búsqueda. Como murió en un accidente de trabajo, no obstante, su situación migratoria, ella recibió una indemnización económica. Con este dinero estableció una panadería en la que sus hijos siguen trabajando. Telma es una maestra muy querida por sus alumnos.

En el lugar donde nació Tobías, las tejas de las casas siguen perdiendo el color y los adobes de sus muros se resquebrajan. El Terregoso ya no existe, en su lugar hay grandes edificios que ocultan la pobreza de este barrio.

Todos los años, al llegar las fiestas decembrinas, la plaza se llena de luces de colores para recibir la Navidad. Los

chicos van de una posada a otra para recolectar aguinaldos. Y con ansiedad y emoción se forman para quebrar la piñata. En ellos veo a Tobías. En el pueblo, desde el año de 1985, su historia se encuentra entre los relatos de un Día de Reyes.

Fugaz

Para Valeria y Tati.

Te tuve y mi mundo se deslizó entre tus manos, mi corazón iba en él. ¿Qué podía ofrecer una madre joven e inexperta? Aún no era capaz de hacerme cargo de mí misma y ya estabas en mis brazos diciendo con la mirada: mamá. Yo no sabía cómo enfrentar al mundo, pero tú te asías de mis dedos. Entonces la fuerza de tus ojos se traspasó a los míos y aprendí a encarar los obstáculos de nuestro camino. Tus travesuras y carcajadas inundaron los pasillos de la casa. Yo me esforzaba en ser una buena madre para ti, pero me di cuenta que no te cuidé bien. Al menos no lo suficiente para evitar que enfermaras. Y si esto fuera un castigo

o si acaso el destino tenía algo por cobrarme, yo debía estar en tu lugar, ¿que habías hecho tú para que la vida se ensañara contigo? Solo transformar mi vida con tus ocurrencias.

Me llené de impotencia y rabia, porque la medicina no lograba tu mejoría. Por el contrario, vi tu pelo caer y a mis esperanzas junto con él. La tristeza de tus ojos me sacudió, el murmullo de sus labios me puso a temblar:

—¿Crees que saldrá de nuevo?

Mis palabras se anudaron. Tomé el rastrillo y comencé a rapar el mío:

—El cabello no es importante.

Después, cuando escuché lo que platicabas con tu amiga Tati, sentí que no podría continuar:

—Valeria, ¿sigues enfermita?

—Sí, Tati

—¿Te vas a morir?, no quiero que te mueras.

—No, Tati, me iré a vivir al cielo.

–¿Por qué?, ¿con quién me voy a juntar?

–Con las demás compañeras del salón.

–Vale, ¿no te da miedo ir solita?

–Sí, pero allá hay un jardín. Muchos niños juegan en él.

–¿Y si quiero verte?

–Pues me buscas entre las estrellas.

–Yo me asomaré para mirarte, te lo prometo.

Sin embargo, nunca me rendí. Rogué en todas las iglesias para que algo o alguien te devolvieran la salud. Fui de un hospital a otro por el mejor de los tratamientos. Hasta que tu frágil voz me derrumbó:

–¡No más agujas mamita!, ni pastillas, quiero descansar.

–Mi niña, en cuanto te sientas mejor, iremos al parque como antes, ¿recuerdas?

–¡Sííí, a patinar y a comprar un algodón de azúcar! Ándale mami, llévame, porfis, porfitas, ahorita ya.

–Valeria, ¿ya no estás cansada?

–No, ya no tengo sueño.

–Bueno, sólo si te cuidas y me obedeces en todo lo que te diga.

–Sí, sí, no te pongas triste, no llores, de veras, de veritas, ¡nos vamos a divertir!

Sin más esperanzas, cedí a tus deseos, con una mano oprimí el dolor contra mi pecho y extendí la otra para brindarte un poco de paz.

Al llegar el momento de separarnos, dijiste:

–Te quiero mucho, mamá –y tu mirada se fue en un adiós que se perdió en el infinito. Quise gritarte:

–¡No me dejes sola! –pero ya no podías oírme. Ahogué mi llanto entre la locura. Di rienda suelta a mi delirio,

abracé tu cuerpo como si durmieras y lo arrullé.

A un año de tu partida siento un vacío cada vez más grande. Desde entonces, todas las noches y en especial las de luna llena, en vano levanto los ojos al cielo para encontrarte. ¿Será porque al morir no somos más que un puñado de hojas secas para reincorporarse a la tierra? Me resisto a creer esto. Y si no es así, ¿dónde estás?

Ayer te vi.

Eras una estrella,
después un millón de astros
cayeron.

¡Es porque patinas!,
¡destellando chispas!,
¡radiante!

Tan bella, tan intensa,
tan breve
como fuiste.

Entregué tu cuerpo a la tierra, que guarda en sus entrañas polvo de su polvo. Ya no suplico consuelo en los templos porque sé que mi misión como tu madre en este mundo terminó. En ser la mejor mamá puse todo mi esfuerzo, mis cuidados, mi tiempo. Fue bueno ser así. Mi meta por cumplir, es vivir como me enseñaste. Tengo que aprender a disfrutar la vida como lo hacías tú. Agradezco al destino que seas mi hija y espero el momento en que he de volver a tenerte en mis brazos.

-¡Valeria!

-¡Tati!, ¿qué haces aquí?

-¡Vine a jugar contigo!

Pon a san Antonio de cabeza

Susanita San Román siempre estuvo un paso adelante al tiempo que le tocó vivir. Los años vencieron su voluntad y la convirtieron en una mujercita llena de achaques. Temerosa de contraer enfermedades raras, iba frecuentemente al dispensario médico. No era extraño que primero fuera porque traía una gripa mal cuidada con una escurridera de mocos que no la dejaba respirar y que después regresara porque la nariz se le había resecado. Por supuesto, antes de estar allí, ya había pasado a ver al señor cura, al que atosigaba a diario desde la misa de seis de la mañana para confesarse. Para Susanita, cualquier día podría ser

el último, debido a la cantidad de males que, según ella, mermaban su salud. Por eso, cuando sus padecimientos comenzaron a ser reales, nadie le creyó. El médico tomó su caso como un proceso natural y se negó a atenderla. ¡Qué natural iba a ser su enfermedad!, si el dolor de espalda que la aquejaba acabó postrándola en la cama.

Así fue como la encontré, después de varios días que no se apareció por el consultorio. Algunas vecinas se turnaban para darle de comer. Sin embargo, el aspecto descuidado y mal oliente del lugar, describía el abandono. Su casa, además de los estragos del tiempo, tenía cochambre acumulado. En el portal de la entrada, las jaulas vacías me trajeron las imágenes del cenizote y del huitlacoche que alguna vez alegraron esa estancia. Desde mis recuerdos, sus trinos se presentaron al filtrarse el viento entre las ramas secas de la pa-

siflora. Los muebles estaban cubiertos del mismo polvo que ocultó el azul en los ojos de Susanita. En instantes, tras ese color gris, ella se escondía para ver pasar a sus muertos. Divagaba en el pasado para volver a recorrer la plaza del pueblo que tantas veces caminó.

Cuando Susanita San Román comenzó a ir al consultorio de la parroquia, se quedaba muy cerca de la entrada al dispensario con la intención de asegurar el primer turno. Después, a cambio de platicar conmigo, dejó de importarle perder su lugar. Aunque yo conocía muy poco sobre su vida, su presencia traía a mi memoria los únicos pasajes alegres de mi infancia en el orfanato. Ella estaba detrás del recuerdo de la única muñeca de mis juegos y de la olla de chocolate caliente que nos servían gracias a su visita.

En una ocasión de las tantas en que se sentaba a esperar al doctor, le

pregunté por qué decidió quedarse sola. Contrariamente a lo que muchos pensábamos en el pueblo, Susanita me contestó que no siempre fue así. Años atrás, estuvo casada. Entonces aproveché para decirle -con una mezcla de verdad e ironía- que, aunque ya había pasado toda una vida sola, no era tarde para encontrar a alguien con quien compartir sus días:

-Susanita, deja ya de sufrir, ¡ándale, anímate y pon a san Antonio de cabeza. Quien quita, te haga el milagro de mandarte a alguien para que no pases frío en las noches y hasta te mantenga.

Ella no tomó en cuenta mi dolosa intención.

-No que va, lo que no fue en su año ya no será. Además, estos tiempos no son como los de antes -dijo, añorante de "las formas y los buenos modales de su época". Mas su mirada pareció buscar en el pasado la resignación con que

aceptó el destino de convertirse en esposa y madre. Me explicó que allá en sus años mozos, la mejor manera de aceptar la pretensión de un noviazgo se llevaba a cabo por común acuerdo de los padres de ambos jóvenes. Su caso no fue la excepción, aunque no era su deseo, porque quería ser maestra en la escuela de la región.

“¡Eso es para los hombres! y ¡tú eres mujer! Además, recuerda que estás comprometida con el hijo mayor de mi compadre Chunde. Ya va siendo hora de que sientes cabeza y formes tu familia antes de que Prudencio se arrepienta. ¡El cielo me libre de dejarte sola y andar penando tras de ti!”

Susanita nunca olvidó estos y otros chantajes que su mamá le hacía. En fin, que el tema sobre tener a otro hombre a su lado, lo cerraba diciendo: «Ya conocí la felicidad, ¿para qué aventurarme a encontrar la desdicha?». Sin embar-

go, para mí ese pensamiento nunca fue bueno, al quedar sola, ella debió matrimoniarse de nuevo.

Pero el daño estaba hecho y volviendo la vista hacia atrás para aminorar sus males, recuperaba el resuello que le permitía existir.

Esa tarde al verme, en sus ojos surgió un brillo que se transformó en lágrimas. Apurada secó su cara con la desgastada manta que la cubría, además se negaba a probar bocado.

–Alcancé a oír que no quieres comer, ¿es cierto eso, Susanita? A mí no me vas a decir que no. Vamos a ver, abre la boca –le dije y sin más, aunque lento, terminó sus alimentos. Como yo era una de las pocas personas que ella reconocía y por agradecimiento a todos los momentos agradables que llevó al orfanato, decidí que, al salir del dispensario, dedicaría tiempo para cuidar a la mujer que, para mí, como para los

demás niños del asilo fue como una madre.

Susanita me contó lo feliz que fue al lado de su esposo. Pero a mí, me daba la impresión que ese sentimiento sólo era algo platónico o inventado. Hasta ese entonces, yo no podía comprender cómo si su felicidad con él duró tan poco, alcanzó para llenar de ilusión toda su vida.

Ella nunca consideró si yo le creía o no, porque sólo trataba de avanzar sus relatos entre frases que se truncaban en suspiros, risas o llanto. Su primera pérdida la sufrió al cumplir un año de casada, su primer hijo murió víctima de una epidemia de Difteria. Escuché de otras personas contemporáneas a Susanita que esa enfermedad que traía el lazo de la pobreza en la mano, alcanzó a muchos. Para evitar que se siguiera propagando, por el rumbo del templo de la Santa Cruz, los difuntos

eran enterrados lo más pronto posible en las esquinas de las calles, en zanjas donde apilaban cuerpo sobre cuerpo. «Mi bebé todavía respiraba, pero después de que le aplicaron una inyección, se quedó dormidito y ya no despertó», eso decía, Susanita, siempre que se acordaba de él.

Yo, que ya conocía las conversaciones de las personas en su condición, trataba de escucharla atentamente, pero sin preocuparme demasiado.

Para ella siempre estábamos en otoño. En vano traté de explicarle si era primavera o verano: «Cierra la ventana para que no entre el viento del otoño». Además, usualmente la encontraba platicando con el retrato de Prudencio. Una noche al poner atención, me di cuenta que mi entendimiento se encontraba muy por debajo del significado de sus palabras.

—Las hojas en el aire del otoño son

las mismas desde hace tiempo. Igual que ayer, el frío congela las lágrimas del niño que duerme en los brazos de una casa en ruinas y moja el muro donde los perros gimen de abandono. El cielo humedece la sal en los labios del enfermo. La tierra vomita y en ella queda la semilla del que llora por sus muertos. En la cueva, se oculta la voz del eco que miente. Otra vez, el agua dejará de caer por la ladera y el espejo del lago será ciego bajo la mirada del invierno.

»Todos se han ido. No se tentaron el corazón para abandonarme. Hasta tú, Prudencio, olvidaste la promesa de ponerme una manta gruesa todas las noches. Solo me mal acostumbraste y al irte, dejaste la puerta abierta por donde se coló el sereno que me sigue calando hasta los huesos. Claro, como no ibas a poder cumplir eso de ver crecer a los chicos, fuiste tras ellos. Y, ¿yo qué?,

¿yo no te importé? Ahora entiendo por qué dabas rienda suelta a complacerme, a no contrariar mis deseos, ¿querías abonar a lo que me quedarías debiendo?, o ¿querías que tuviera una vida lista para estar sin ti? Mejor te hubieras echado para atrás con el casorio. Yo sería maestra, tal vez estaría sola, pero no acostumbrada a tus cuidados, ¡Mal haya seas por consentidor!

»Y ¿a qué me quedé? Nomás dime, ya ves, es otoño y la muerte que sopla en las calles vino a recordarme el dolor que deja su paso. Todo sigue igual, los difuntos aparecen tirados desmembrados o sin cabeza, tanto en las afueras del pueblo o en las avenidas principales, como cuando querían amedrentar a los rebeldes en el tiempo de persecución a los cristianos. Mi madre me cubría la cara con su chal para que no los viera, pero siempre los vi. La gente se guarda temprano en sus casas, tal cual si

hubiera toque de queda. Igual que en la época en que, sin razón, los que no cumplían eran ahorcados en la calle de los pinos. De eso hace tanto. Pero sigo sufriendo como si hoy hubiera bajado a Joselito del árbol donde colgaba su cuerpo. Aún siento la tibieza de sus mejillas cuando intenté darle aliento al mismo tiempo que oprimía su corazón para obligarlo a latir. ¡Te juro que me esforcé, pero fue inútil!, ya era muy tarde, él iba ya muy lejos... Hoy, como ayer, el aire arrastra el hedor hasta mi ventana, del que quedó tendido a balazos, a navaja o a golpes, ya a media acera, a media plaza o hasta en la puerta de su vivienda. Todavía hay desaparecidos, como tantos hubo por estar en contra de los mandatos “buenos” o malos. Oye, Prudencio y ¿tú sabes quién es quién?, ¿tú sabes quienes son los buenos o quiénes son los malos? Porque yo no. Yo aquí solo veo pasar la

hojarasca que cubre el camino y sigue ocultando el rastro de los muertos”.

La piel se me ponía de gallina cuando le hablaba al difunto. Para mí que, aunque ese hombre estaba muerto, nunca la dejó en paz. Por eso Susanita no aceptó a nadie. Sobre su segundo hijo, Joselito, ella me había platicado, que como a las seis de la mañana le avisaron que el cuerpo de su hijo colgaba de un árbol. Cuando llegó hasta él para ayudarlo, ya había muerto. Además, me contó, que el ministerio público determinó que el joven se quitó la vida. Su vecina Cholita le dijo que eso no era cierto, porque esa mañana, como a las cinco, cuando ella llevaba el nixtamal al molino, alcanzó a divisar que un gendarme fue quien le echó la soga al cuello. «Si ese muchachito no se metía con nadie, él iba encaminado rumbo al trabajo de la obra, yo no sé ni cómo se hizo de palabras fuertes con el unifor-

mado. Perdóname, Susanita, qué podía hacer una pobre vieja como yo. Si de puro milagro el desgraciado no me vio, que si me ve no te lo estuviera contando». Susanita ya nunca volvió a hablar con ella; Cholita, su marido y toda su familia se fueron de mojados a los Estados Unidos.

La muerte siguió rondando su casa hasta dejarla sola. A los seis meses de enterrada doña Carmen, su madre, murió su esposo. Ella buscó la manera de sobreponerse y como su mamá le inculcó desde pequeña la práctica de los actos de misericordia, se dedicó a andar del orfanato al hospital y si le sobraba tiempo hasta comida llevaba a los presos. Como en la clínica comunitaria hacía las veces de enfermera, le dieron la oportunidad de capacitarse como partera. Después de obtener su certificado, mandó hacer el letrero de: Partera Certificada, que aunque des-

gastado y descolorido, aún cuelga en la puerta de la que fue su casa.

Ante la carencia de medicamentos, aprendió el uso de plantas medicinales. Otras personas mayores -de las tantas que la visitaron durante su enfermedad- me contaron que mucha gente la conocía porque cuando no tenía trabajo recorría a pie las rancherías para ofrecer sus servicios y hacer alguna curación. Además comentaron que en esos tiempos en que abundaba la necesidad, la mayor satisfacción de Susanita era ayudar a algún enfermo que no tenía con qué pagar o, aún más, para ella era un privilegio asistir un parto. Pero que esto fue antes de que se dieran cuenta de sus dones, porque una vez que su fama como curandera creció, se formaban afuera de su domicilio para esperar el turno de su atención.

Después, se corrió la voz de la efectividad de sus tratamientos y comenzó

a venir gente de fuera. A los empachados les daba una sobada de panza en ayunas seguida por una cucharada de estomaquil; levantaba las mulleras caídas de los recién nacidos cuando no podían comer; al sonar las doce campanadas del medio día, con un baño de epazote, Susanita curaba de mal de espanto y para el mal de ojo les hacía una limpia con un huevo. Además, acomodaba los huesos torcidos y preparaba infusiones de árnica para desinflamar y calmar el dolor de la parte afectada. A los que llegaban con algo quebrado, ya sea el pie o la mano, o lo que fuera, les ponía un emplasto para que pegara la fractura, ya luego les daba su alcohol alcanforado para sacar la frialdad y evitar que se quedaran así nomás, tullidos, sin movimiento. Así seguía dando a sus pacientes una infinidad de recetas: que el té para el pulmón para quitar la tos necia con flemas o

para la carraspera; que el té digestivo para abrir el apetito del que no tenía hambre o el aceite de hígado de bacalao para desañudar al muchacho que no crecía. Su especialidad, aparte de recibir a un nuevo ser en este mundo –porque según los registros del hospital con su ayuda atendieron cerca de mil partos-, era poner en tratamiento a mujeres que no podían tener hijos, las cuales lograban embarazarse.

Diariamente acudían a ella filas y filas de enfermos. Todos hacían cola afuera de su casa escurriendo de sudor bajo el sol de la esperanza. No les importaba pasar horas y horas ahí sentados o parados con tal de que Susanita los librara de sus malestares físicos o del corazón. Ella también sabía curar el dolor que causan las penas. De todo esto y más, me enteré esos días que pasé a su lado.

Yo solo traté de resarcirle con mi

compañía esos momentos en que con sus anécdotas espantó el aburrimiento de mis rutinas. La agradecida, soy yo, porque en medio de su tribulación, me dijo:

–Ahorita que me siento bien, quiero que me pongas atención. No, no, solo necesito que me escuches, quiero pedirte que quites a san Antonio de cabeza. Sí, lo vi cuando abriste el ropero. Tienes muchas noches llorando y sé que la causa de tu sufrimiento es el doctor del dispensario. Si ese hombre ahora no se ha dado cuenta que estás a su lado, no lo hará nunca. Además, si te empeñas en ver afecto donde no lo hay, puede que no lo veas dónde en realidad está. El cariño sincero no se busca, ni se compra, llega. Pero no te detengas, porque si no viene a ti, habrás tirado el tiempo. En cambio, si un día te sorprende, te bastará abrir los brazos para recibirlo. Si he vivido

tanto, no fue recordando desprecios o desaires, llegué a esta edad llevando dentro del corazón a quién me quiso bien.

Con el paso de los días, Susanita se fue apagando. Su semblante se quedó sin gestos. La enfermedad terminó por disminuir cada parte de su cuerpo y su razón se perdió por completo en el pasado.

Ahora que ya no está, mandé a decir un novenario de misas no por su eterno descanso porque ella ya por la voluntad del cielo está en santa paz; las mandé decir para que la misericordia divina se apiade de todos nosotros los que ahora ya no tenemos a Susanita para descargar en ella nuestro mal humor y nuestros problemas. Para que nunca nuestra conciencia nos reclame que después de todo, ya estamos tranquilos sin su presencia. Por nosotros los que ahora solo hablamos de la bue-

na Susanita que se nos fue.

Por mi parte, después de hablar con el señor cura, ya me siento mejor. Descargué un morral de pendientes que traía cargando, aunque me haya regañado por haber tomado algunos analgésicos del dispensario médico de la parroquia. Se los di a Susanita cuando al inicio de su enfermedad, el doctor se negó a atenderla. Me dijo:

–Debes de lamentarte por esta conducta. El fin no justifica los medios, arrepíentete para que recibas el perdón de tus pecados.

Que me disculpe el padrecito, pero de lo único que se debe lamentar alguien huérfano como yo, es de no haber tenido toda la vida a una madre como Susanita San Román viuda de Ibáñez.

Índice

- Yo les tenía un ojo encima, 7
Al otro lado del río, 19
Por qué mienten las madres, 31
De camino al cielo, 39
Fugaz, 47
Pon a san Antonio de cabeza, 53

Por qué mienten las madres y otras confesiones se terminó de imprimir en abril de 2019, en los talleres de Editorial Los Otros Libros, Pedro Hernández Valenciano No 36 Mineral de la Hacienda Guanajuato, Gto.